

# TOMAS AYON

# HISTORIA DE NICARAGUA

TOMO I



**COLECCION CULTURAL**  
BANCO DE AMERICA  
NICARAGUA, C. A.



SERIE HISTORICA No. 10

DERECHOS RESERVADOS POR EL FONDO DE  
PROMOCION CULTURAL — BANCO DE AMERICA — 1977

La carátula es una obra exclusiva del artista nicaragüense Johnny Villares.



Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS  
FUNDACIÓN  
[www.enriquebolanos.org](http://www.enriquebolanos.org)

## FONDO DE PROMOCION CULTURAL BANCO DE AMERICA

La Junta Directiva del Banco de América, consciente de la importancia de impulsar los valores de la cultura nicaragüense, aprobó la creación de un Fondo de Promoción Cultural que funcionará de acuerdo a los siguientes lineamientos.

- 1.—El Fondo tendrá como objetivo mediano la promoción y desarrollo de los valores culturales de Nicaragua; y
- 2.—El Fondo tendrá como objetivo inmediato la formación de una colección de obras de carácter histórico, literario, arqueológico y de cualquier naturaleza, siempre que contribuyan a enriquecer el patrimonio cultural de la nación. La colección patrocinada por el Fondo se denominará oficialmente como "Colección Cultural-Banco de América".

El Fondo de Promoción Cultural, para desempeñar sus funciones estará formado por un Consejo Asesor y por una Secretaría, la que estará a cargo de una o más personas. El Consejo Asesor se dedicará a establecer y a vigilar el cumplimiento de las políticas directivas y operativas del Fondo. La Secretaría llevará al campo de las realizaciones las decisiones emanadas del Consejo Asesor.

El Consejo Asesor del Fondo de Promoción Cultural está integrado por:

Dr. Alejandro Bolaños Geyer

Don José Coronel Urtecho

Dr. Ernesto Cruz

Don Pablo Antonio Cuadra

Dr. Ernesto Fernández Holmann

Dr. Jaime Incer Barquero

Lic. Marcela Sevilla Sacasa, Secretaria

Don Orlando Cuadra Downing, Secretario



# OBRAS PUBLICADAS POR EL FONDO DE PROMOCION CULTURAL DEL BANCO DE AMERICA:

## SERIE: ESTUDIOS ARQUEOLOGICOS

- 1 Nicaraguan Antiquities, por Carl Bovallius (Edición Bilingüe)
- 2 Investigaciones Arqueológicas en Nicaragua, por J. F. Bransford  
— en Inglés y en Español

## SERIE: FUENTES HISTORICAS

- 1 Diario de John Hill Wheeler
- 2 Documentos Diplomáticos de William Carey Jones
- 3 Documentos Diplomáticos para servir a la Historia de Nicaragua — José de Marcoleta
- 4 Historial de El Realejo — Manuel Rubio Sánchez
- 5 Testimonio de Joseph N. Scott — 1853/1859
- 6a La Guerra en Nicaragua según Frank Leslie's Illustrated Newspaper (Edición Bilingüe)
- 6b La Guerra en Nicaragua según Harper's Weekly (Edición Bilingüe)
- 7 El Desaguadero de la Mar Dulce — Eduardo Pérez-Valle

## SERIE LITERARIA

- 1 Pequeñeces . . . Cuiscomeñas de Antón Colorado — Enrique Guzmán
- 2 Versos y Versiones Nobles y Sentimentales — Salomón de la Selva
- 3 La Dionisiada — Novela — Salomón de la Selva
- 4 La Gacetillas — 1878/1894 — Enrique Guzmán  
Introducción y Notas de Franco Cerutti
- 5 Dos Románticos Nicaragüenses: Carmen Díaz y Antonino Aragón  
Introducción y Notas de Franco Cerutti
- 6 Lino Argüello (Lino de Luna) Obras en verso —  
Introducción y Notas de Franco Cerutti
- 7 Escritos Biográficos — Enrique Guzmán  
Introducción y Notas de Franco Cerutti

## SERIE HISTORICA

- 1 Filibusteros y Financieros — William O. Scroggs
- 2 Los Alemanes en Nicaragua — Goetz von Houwald
- 3 Historia de Nicaragua — José Dolores Gámez
- 4 La Guerra en Nicaragua — William Walker  
Traducción de Fabio Carnevalini
- 5 Obras Históricas Completas — Jerónimo Pérez
- 6 40 años (1838-1878) de Historia de Nicaragua  
Francisco Ortega Arancibia
- 7 Historia Moderna de Nicaragua — Complemento a mi Historia —  
José Dolores Gámez
- 8 La Ruta de Nicaragua — David I. Folkman Jr.
- 9 Hernández de Córdoba, capitán de conquista en Nicaragua —  
Carlos Meléndez
- 10 Historia de Nicaragua, Tomo I — Tomás Ayón



## **SERIE CRONISTAS**

- 1 Nicaragua en los Cronistas de Indias — Siglo XVI  
Introducción y Notas de Jorge Eduardo Arellano
- 2 Nicaragua en los Cronistas de Indias — Siglos XVII y XVIII  
Introducción y Notas de Jorge Eduardo Arellano
- 3 Nicaragua en los Cronistas de Indias — Oviedo  
Introducción y Notas de Eduardo Pérez Valle

## **SERIE CIENCIAS HUMANAS**

- 1 Ensayos Nicaragüenses — Francisco Pérez Estrada
- 2 Obras de Don Pío Bolaños  
Introducción y Notas de Franco Cerutti
- 3 Romances y Corridos Nicaragüenses — Ernesto Mejía Sánchez
- 4 Carlos Cuadra Pasos — Obras I
- 5 Carlos Cuadra Pasos — Obras II

## **SERIE GEOGRAFIA Y NATURALEZA**

- 1 Notas Geográficas y Económicas sobre la República de Nicaragua —  
Pablo Lévy — Introducción y Notas de Jaime Incer Barquero
- 2 Memorias de Arrecife Tortuga — Bernard Nietsmann —  
Traducción de Gonzalo Meneses Ocón

## **BANCO DE AMERICA — LARGA DURACION**

001 - 010 Nicaragua: Música y Canto  
Salvador Cardenal Argüello

## NOTA EXPLICATIVA

EL FONDO DE PROMOCION CULTURAL DEL BANCO DE AMERICA se complace en presentar la obra, en tres tomos, HISTORIA DE NICARAGUA, del Doctor Don Tomás Ayón.

No debía faltar en la SERIE HISTORICA de la Colección Cultural-Banco de América, la obra de Ayón que junto con las de Pérez, Gámez y Ortega Arancibia forman la tetralogía de nuestras historias clásicas.

Hemos optado por reproducir en forma facsimilar la edición que bajo el cuidado del Doctor Andrés Vega Bolaños, fue publicada en España por el Gobierno de Nicaragua en 1956, y que actualmente se encuentra agotada. A ella le hemos agregado un Índice Onomástico que es tan útil en un libro de referencia como éste.

El primer tomo de ésta obra comprende:

Libro I — Noticia de las antiguas razas que habitaron en el territorio de Nicaragua antes del descubrimiento: su origen, sus costumbres, idiomas, religiones y gobiernos;

Libro II — Descubrimiento de Nicaragua por los castellanos;

Libro III — Conquista de Nicaragua;

Libro IV — Que comprende los sucesos ocurridos desde la muerte del Gobernador Pedrarias Dávila, hasta el año de 1580;

Libro V — Que contiene los acontecimientos verificados desde el año de 1581 hasta la terminación del siglo décimo sexto; y

DOCUMENTOS valiosos que arrojan mucha luz sobre ese período inicial de nuestra historia.

La ponderación de juicio y el pulcro estilo de escritor castizo del Doctor Don Tomás Ayón, hacen la lectura de su HISTORIA DE NICARAGUA doblemente útil y amena.



# HISTORIA DE NICARAGUA



Digitalizado por: **ENRIQUE BOLAÑOS**  
F U N D A C I Ó N  
[www.enriquebolanos.org](http://www.enriquebolanos.org)

# HISTORIA DE NICARAGUA

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS HASTA EL AÑO DE 1852

OBRA ESCRITA

POR DISPOSICION DEL SEÑOR PRESIDENTE

**GRAL. D. JOAQUIN ZAVALA**

POR EL SEÑOR DOCTOR

**DON TOMÁS AYÓN**

=====  
**TOMO I**  
=====

1956



Digitalizado por: **ENRIQUE BOLAÑOS**  
FUNDACIÓN  
[www.enriquebolanos.org](http://www.enriquebolanos.org)

## EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,

### CONSIDERANDO

Que se encuentran totalmente agotadas las ediciones de las importantes obras «*Historia de Nicaragua*», del Doctor Tomás Ayón, e «*Historia de Nicaragua*», de don José Dolores Gámez, las que fueron publicadas por cuenta del Gobierno y exponen ordenadamente la raigambre estructural y el desenvolvimiento progresivo de la sociedad nicaragüense;

### CONSIDERANDO

Que aunque dichas obras adolecen, naturalmente, de algunos errores históricos y deficiencias en la compilación informativa, así como en la apreciación de ciertos hechos relativos a la vida nacional, sin duda porque los citados autores carecieron en su época de datos fehacientes y de los elementos indispensables para realizar siempre una acuciosa y certera investigación, es evidente que contienen un valioso caudal informativo de enseñanzas que contribuyen a fortalecer la conciencia cívica y patriótica de la colectividad nacional;

### CONSIDERANDO

Que es deber del Estado conservar y divulgar los libros que, como las antedichas obras, vigorizan la esencia de nuestra nacionalidad y sirven para ilustrar a las futuras generaciones por su gran aporte de elementos fundamentales de la verdadera historia de Nicaragua, que habrá de completarse más adelante con la consulta y estudio de otras fuentes, tales como los archivos gubernamentales, las crónicas antiguas y la «Colección Somoza» de auténticos documentos del régimen colonial;



## ACUERDA

- 1º Ordenar una nueva edición de 1.000 ejemplares de la «*Historia de Nicaragua*», del Doctor Tomás Ayón, y de 1.500 de la «*Historia de Nicaragua*», de don José Dolores Gámez.
- 2º Comisionar al señor Embajador de Nicaragua en España para que supervigile ambas ediciones y atienda todo lo relacionado con las mismas.
- 3º La erogación correspondiente se tomará de la Partida 2060100-0201053 del Presupuesto General de Gastos vigente.
- 4º El presente Acuerdo surtirá efectos desde su publicación en *La Gaceta, Diario Oficial*.

COMUNIQUESE.—Casa Presidencial.—Managua, D. N., 19 de octubre de 1955.—SOMOZA.—El Ministro de Educación Pública, *Crisanto Sacasa*.

## PRÓLOGO

ESCRIBIR la historia de un pueblo es desenterrar de entre las tinieblas de lo pasado el conjunto de sus ideas, aspiraciones, virtudes y vicios; de todo lo que ha formado su civilización y su existencia en el movimiento progresivo de la humanidad. ¡Cuántos misterios que parecen impenetrables á primera vista, tiene que descubrir el historiador! ¡Cuántas grandes figuras de los anteriores tiempos tienen que caer al golpe de su crítica imparcial! ¡Cuántos seres humildes, para quienes sus contemporáneos sólo tuvieron desprecio y olvido, aparecen después de una larga distancia, y evocados por el que escribe la historia, ocupando el lugar que les corresponde en el aprecio de las generaciones!

Por eso, historiar la vida de una nación cualquiera, ofrece grandes dificultades y no pocas veces grandes amarguras al que echa sobre sus hombros tan pesada carga. Aunque la imparcialidad sea la norma de su conducta, recoge como fruto de su trabajo, el insulto de la intolerancia y del amor propio mal entendido y la inhábil censura de la necia vanidad.

Pero escribir la historia de Nicaragua es labor más difícil y peligrosa todavía. Casi no hay archivos entre nosotros, y los pocos que existen son de tan reciente data, que no pueden ser útiles para dar á conocer completamente los sucesos de la conquista y el oscuro período de la dominación española. Por otra parte, los cronistas castellanos escribieron sobre la América en general, deteniéndose muy poco, algunos de ellos, en lo relativo á Nicaragua; y aun las obras en que se ha hablado de Centro-América contienen escasos datos sobre esta sección, que por formar una parte de la Capitanía General de Guatemala, no llamó de una manera especial la atención de los historiadores.

He tenido, pues, que entresacar los pasajes relativos á Ni-

caragua, de diversas obras antiguas, como la «Historia general y natural de las Indias» por Oviedo y Valdés, la escrita por el Padre Bartolomé de Las Casas, la «Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano», por el inteligente y verídico cronista don Antonio de Herrera. Esta última es la que principalmente me ha servido de base para trazar el cuadro de los sucesos ocurridos en el descubrimiento y conquista de este territorio, y aun algunas veces he seguido casi textualmente sus conceptos.—He traído también á la vista otras obras antiguas en que se habla de la historia particular de ciertos reinos de América, relacionada con la de las provincias del Centro.

Me han servido asimismo las obras del Abate Brasseur de Bourbourg, aunque he tenido que usar de ellas con bastantes precauciones, por estar criticadas como demasiado novelescas. La que ha escrito Mr. Bancroft, titulada «The native races of the Pacific States» me ha sido de grande utilidad para hacer la descripción de las tribus aborígenes de este país. Los preciosos libros del señor don Diego Barros Arana, sobre la historia de América; el importantísimo volumen que corre impreso bajo el título de «Historia de la América Central» por don José Milla; los que escribieron los señores Juarros y García Peláez; las numerosas obras de Squier relativas á Nicaragua, y aun la de M. Lévy, que en la pequeña parte histórica que contiene es un extracto de las de Oviedo y Squier, me han sido de bastante provecho.

No faltarán quienes piensen que mi trabajo se ha limitado á reproducir lo que otros han escrito. Pero es necesario reflexionar que la historia no puede inventarse, y que muy poca confianza merecería quien, por aparecer demasiado original, no fundase sus aseveraciones históricas en las de otras personas mejor informadas, ya por su mayor proximidad á la época en que se verificaron los sucesos, ya por haber dispuesto de más abundantes datos para emprender su trabajo. La historia será tanto más imparcial y digna de crédito, cuanto mayor sea el número de opiniones acordes sobre los diversos puntos que en ella se comprenden, porque tiene grandes probabilidades de certeza lo

que ha admitido como realidad la crítica severa de sabios escritores.

Otro de los peligros á que se expone el que escribe sobre historia, es el de atraerse el enojo de los que no habiendo examinado lo bastante las fuentes á donde se ha ocurrido para afirmar un hecho ó establecer una opinión, se escandalizan cuando se dice alguna cosa que no es conforme con sus deseos, ó que choca de pronto con el orgullo nacional. Pocos años há que la prensa de Nicaragua se agitó fuertemente contra el literato don Miguel Luis Amunátegui, porque en una de sus preciosas tradiciones dijo que los primitivos habitantes de este país comían carne humana, y que en cierto lance de armas con los españoles se vistieron las pieles de los cadáveres. ¿Cómo se ha tenido valor, decían, de presentar al público semejante impostura? Y sin embargo, el ilustrado escritor chileno, á quien tanto deben las letras hispano-americanas, no hizo más que referir un hecho que cualquiera puede encontrar relacionado en la historia de Oviedo.

Nada de lo que se diga relativamente al estado de barbarie en que se hallaban las tribus aborígenes, debe lastimar á los nicaraguenses. ¿Quién duda que los pueblos más cultos y civilizados del Viejo Mundo descienden de antiguas razas salvajes? ¿Quién ignora que aquí mismo en América, muchos de los Estados que más se distinguen por su ilustración y adelanto conservan aún vastos territorios habitados por pueblos caribes y feroces? Estos son restos de un pasado que no debe avergonzarlos; y antes bien pueden enorgullecerse de que en un trascurso de tiempo menor que el que emplearon los europeos para perfeccionar sus costumbres, ellos los han igualado en civilización y cultura.

En la división y el plan de la obra sigo el orden que me parece más propio para dar claridad á la narración de los sucesos. Tratándose de escribir una historia que debe abrazar el dilatado período de tres siglos y medio, he creído conveniente dividir mi trabajo en varios libros, cada uno de los cuales comprende un espacio de tiempo más ó menos largo; y entre esos libros he destinado el primero á hacer una descripción de las razas nativas de este país, porque me ha parecido bueno darlo

á conocer desde su origen, para examinar mejor la influencia de la conquista en el desenvolvimiento de su progreso.

Como Nicaragua fué descubierto primeramente por Cristóbal Colón, me he detenido en el Libro II narrando los descubrimientos hechos por este grande hombre. Es necesario recordar á los nicaragüenses cuáles fueron los sufrimientos que experimentó el inmortal marino, para que sepan apreciar sus esfuerzos y considerarlo como la más eminente figura en la historia de América.

Se notará que me extiendo bastante al exponer los sucesos de Castilla del Oro, provincia que ya no existe, y de la cual pocos acaso tienen conocimiento en estos tiempos, por haber sido disuelta casi en su origen, y sus fracciones erigidas en otras provincias con distintos nombres; pero he tenido que hacerlo así, porque habiendo Nicaragua formado parte de ella y estado bajo la autoridad de los mismos hombres que conquistaron, poblaron y gobernaron en Panamá y Darién, y cuyas hazañas ejecutadas aquí fueron una continuación de las que allí iniciaron, la historia de una y otra se hallan íntimamente enlazadas, y no habría podido dividir las en mi narración sin romper la unidad que puede conducirnos al claro y exacto conocimiento de los hechos efectuados en aquella época lejana.

Réstame manifestar que esta obra se escribe por disposición del señor Presidente de la República, General don Joaquín Zavala, quien ha querido de ese modo levantar los cimientos de la historia nacional. Muy feliz me consideraré si puedo corresponder siquiera medianamente á la alta confianza con que se ha servido honrarme, y si mis esfuerzos por alcanzar el acierto son recompensados con la generosa indulgencia de mis compatriotas.

TOMÁS AYÓN.

León, Junio 29 de 1882.

# INTRODUCCIÓN

## I.

La historia de Nicaragua, tan sombría durante la conquista como en el período colonial, tan llena de cruentos sacrificios y de vejaciones sin ejemplo, ejecutados por una raza que, endurecida en la dilatada fatiga de muchos siglos de cruda y desastrosa guerra, aparece encargada de la misión terrible de destruir creyendo edificar, es la historia de todos los pueblos del Nuevo Mundo, en donde el despotismo de los conquistadores levanta altares á la esclavitud sobre las ruinas de la libertad. Al mismo tiempo que España expulsaba de su territorio á toda una nación; en medio de la alegría que había sucedido á los cuidados de la lucha, los capitanes de la conquista aniquilaban en América la raza primitiva, con el propósito de dar expansión á la suya y adquirir poder y dinero, abriendo al mismo tiempo, quizás sin advertirlo, nuevos horizontes á las costumbres, á la religión y al derecho.

Los vencedores, al proceder de ese modo, eran arrastrados por el espíritu de la época, en que el principio de Gobierno, las creencias religiosas y la felicidad de los pueblos dependían del filo de la espada. No hay duda, fué una desgracia para la humanidad que en los siglos xv y xvi se hubiesen efectuado el descubrimiento y la conquista de América; pero no puede culparse á España por los procedimientos de los conquistadores, fecundos en injusticias y desordenes, sino á las doctrinas y sentimientos que dominaban en Europa; ni merece las amargas censuras que otros países rivales le han dirigido, pretendiendo que hubiera hecho entonces lo que podría hacer ahora, que hu-

quiera dispuesto en aquella vez de los medios de que hoy dispone, y que con las luces que han irradiado tres siglos de reconstrucción hubiera ilustrado las inteligencias de los hombres de la Edad Media.

Grande habría sido la sorpresa del Almirante don Cristóbal Colón, si despejando las sombras en que sus teorías habían envuelto al Nuevo Mundo, hubiera sabido que no pisaba las costas del Asia, como creía, sino territorios enteramente desconocidos hasta entonces, habitados por seres inteligentes, cubiertos de una vegetación exuberante y que ofrecían oro, perlas y piedras preciosas en una cantidad que excedía á lo que soñara la imaginación más exaltada: grande habría sido su asombro si hubiera podido conocer que colocaba en manos del monarca español todo un mundo que exigía de sus conquistadores creencias espiritualistas para iluminar la conciencia, impulsándola á una vida moral; principios sociales que dieran á los pueblos una organización política en consonancia con las peculiaridades de la raza, del clima y aun de los alimentos, y que caminando á la par de la humanidad, colocasen al hombre de la naturaleza en el camino de su perfección; leyes orgánicas que facilitasen la propagación de la especie, dulcificasen las costumbres, coordinasen los intereses comunes, ilustrasen la razón, y con las cuales, desenvolviendo todos los modos de la actividad humana, se diese solución á los grandes problemas sociales é individuales que presentaban los pueblos descubiertos.

Ese cambio radical hubiera hecho, sin duda, España en estos tiempos; pero la humanidad trae su camino de perfeccionamiento, y no es posible anticipar las épocas, ni exigir de unas los frutos que son propios de otras. América, con sus bosques seculares, sus ricas y variadas producciones, sus fértiles terrenos, aptos para toda clase de vegetación, sus climas saludables, sus aires perfumados por el delicado aroma de preciosas flores; América, con sus inmensas riquezas, todas intactas como inagotable tesoro reservado por la Providencia para la regeneración del antiguo mundo, pobre, despedazado, sin instituciones fijas, sin gobiernos nacidos del seno de los pueblos: América que tan grandes bienes ofrecía á los que la ilustrasen, la perfeccionasen y la enseñasen á conocer su propia naturaleza, fué

presa de aventureros sin luces, sin conciencia y sin otra mira que la de tomar sus frutos destruyéndola. El Gobierno español, aunque animado de las mejores intenciones en favor de los naturales de estos países, carecía del poder necesario para enfrenar la codicia de los capitanes, que á larga distancia de la Corte asesinaban, incendiaban y cometían toda clase de excesos en los sencillos é inermes moradores del nuevo Continente.

La conducta de los conquistadores fué perjudicial á la misma España, porque colocada más tarde esta nación en la necesidad de defender las riquezas encerradas en vastos territorios, de la rapacidad de pueblos extraños, se encontró sin las fuerzas necesarias, por no ser bastantes las que podía reunir en la Península y por la despoblación inconsiderada é inicua que sistemáticamente se había ejecutado en estas regiones.

Aun no se comprendía en aquellos tiempos, en que el arte de la guerra era casi el único que se cultivaba en España, que la multiplicación de las riquezas consiste en el desarrollo productivo del trabajo, y se pensaba que los valores metálicos eran los únicos que hacían la prosperidad de las naciones y que sólo de ellos dependían la satisfacción de las necesidades y la existencia de las familias. No se conocía entonces que el dinero se agota, dejando por único fruto la miseria y tal vez los vicios; y que la industria es progresiva y hace á los pueblos ricos, sobrios é inteligentes. El oro de la América deslumbró á España. Las enormes cantidades que de ese metal recibía le hicieron creer que monopolizándolo se haría superior á los otros pueblos y obtendría una influencia decisiva y estable en la política, en el comercio y en la dirección de los más vitales asuntos de Europa; y sucedió que la nación guerrera, la nación conquistadora, la heroica España abandonó sus fábricas para explotar las riquísimas minas de América y se hizo tributaria de Francia é Inglaterra. Estas naciones incrementaron su industria para obtener en cambio el oro de España, y agotado el codiciado metal para la nación castellana, sus vecinas se encontraron con oro en abundancia, con industria perfeccionada y con hábitos de trabajo.

La despoblación fué otro de los gravísimos males que la conquista produjo á España. Se conocerá perfectamente todo

lo que perdió con la emigración de los que de allá se dirigían á estos países, si se reflexiona que los muchos millones de descendientes de la raza española que pueblan los extensos territorios de las Repúblicas hispano-americanas deberían hallarse formando parte de aquella nación. Es indudable que de ese modo la Península contendría en estos tiempos no menos de cuarenta millones de habitantes y no ocuparía un lugar secundario en el concurso de las potencias europeas.

No faltará quien piense que estas reflexiones son inútiles, porque no tienen remedio los males á que se refieren; pero si así fuera, serían también inútiles las lecciones de la historia, y hoy más que nunca son necesarias para neutralizar la funesta tendencia á la absorción de pueblos menos fuertes, que se observa en las naciones poderosas, á quienes debe recordarse que la conquista por el plomo y el fuego es tan perjudicial al conquistador como al conquistado. Alemania, después del triunfo sobre Francia, se encuentra en el mismo estado que antes, sin que la conquista de la Alsacia y la Lorena, ni la fabulosa suma de dinero que exigió de los vencidos, hayan mejorado su suerte, ni aun compensado los grandes sacrificios que hizo para combatir á su poderosa rival.

La conquista de estos inmensos territorios fué una obra gloriosa y estupenda, que hace honor al audaz y heroico genio castellano. ¿Quién no se sorprenderá al considerar á un puñado de aventureros, hambrientos y casi desnudos, en lucha con medio mundo, y venciendo á millones de enemigos que defendían sus hogares con el valor de la desesperación? Julío César combatió á los Galos con grandes ejércitos disciplinados y aguerridos y con todos los elementos de que podía disponer la gran República de Roma. Hernán Cortés conquistó el poderoso Imperio de Moctezuma, con unos pocos valientes y sin más elementos que su valor y su genio. Si la rivalidad y la envidia no se hubieran esforzado en oscurecer la epopeya de la conquista de América, se comprendería universalmente que es una de las más gloriosas que registran los anales del género humano.

Pero es necesario reconocer que si España supo conquistar, no demostró aptitudes para formar colonias. ¿Cuáles fueron

las consecuencias de aquel portentoso acontecimiento? La destrucción de los países conquistados, que bajo otro sistema de colonización que el observado por el Gobierno español, en lugar de pueblos débiles, como son hasta ahora, expuestos á la rapacidad, á las injusticias y vejaciones de los monarcas de Europa, habrían sido ricas y florecientes naciones. Nicaragua, sólo por su debilidad, ha sido víctima de la poderosa Alemania y de la política egoísta de otros Gobiernos que por indebidas *consideraciones al fuerte concurrieron, aunque sólo haya sido moralmente, al sacrificio de la justicia de un estado á quien llaman amigo, pero que es débil.*

No es la América Española lo que debiera ser. Considérese lo que fueran Méjico, Centro-América, Colombia, el Perú, Chile y las otras Repúblicas del Sur, si el impulso dado por España á su progreso, durante el período colonial, hubiera estado en armonía con los intereses generales y no con el provecho casi exclusivo de los españoles que venían á estos países en servicio de su Gobierno.

Pero no obstante ese funesto extravío de la política de los que al establecer la esclavitud se llamaban *señores naturales* de pueblos creados por la naturaleza en la más completa libertad, no debe negarse que la introducción del elemento europeo trajo bienes considerables á la América, no para los indios, que permanecieron en su primitiva oscuridad; sino para las generaciones que se formaron del cruzamiento de las razas.

No nos proponemos enumerar todos los beneficios que produjo la conquista: baste decir que ella constituye la base de la *actual civilización hispano-americana, y que preparó á estos países un destino mejor, porque cambiando la condición de sus habitantes, les hizo conocer los derechos del hombre en sociedades organizadas, y más tarde, cuando ellos recobraron su independencia, pudieron tomar el cuidado de conducirse por sí mismos y procurar su felicidad, como lo practican las naciones libres.*

El sistema de colonización propuesto al Emperador Carlos V y su Consejo por el ilustre Protector de los indios, Fray Bartolomé de Las Casas, era bajo ciertos respectos el más conforme á la naturaleza del hombre. Quería aquel sabio y experi-

mentado defensor de la humanidad, que la colonización se hiciera no por el exterminio de la raza primitiva, tan funesto á la Corona de Castilla como á los países conquistados, sino por el convencimiento y la doctrina. El Obispo del Darién, Fray Juan de Quevedo, antiguo y digno compañero de Pedrarias Dávila, no tuvo en la solemne conferencia sostenida ante el Emperador en 1519, sobre la manera de tratar á los indios, otra razón que oponer á Las Casas que la muy original de que todos los habitantes del Nuevo Mundo, tanto en el Continente como en las islas, eran una especie de hombres destinados á la servidumbre por la inferioridad de su inteligencia y de sus dotes naturales, y que sería imposible instruirlos ni hacerles dar ningún paso hácia la civilización, si no se les mantenía bajo la autoridad perpetua de un dueño. El Padre Las Casas triunfó de su rival, obteniendo la concesión del territorio de Cumaná, para ensayar su humanitario proyecto; pero cuando llegó al lugar en que debía realizarlo, encontró la tierra despoblada por los españoles residentes en Santo Domingo. Imposible habría sido atraer por la persuasión á aquellos mismos á quienes se había ofendido dando muerte sin piedad á sus compañeros y destruyendo sus propiedades. La experiencia ha venido á confirmar la opinión que el Padre Las Casas se tenía formada de los americanos. Son tan inteligentes y laboriosos como los europeos, y serían tan ilustrados como ellos si hubieran tenido los mismos medios de instrucción.

Las cosas, sin embargo, debían realizarse de otro modo, y la influencia de la conquista en sus diversas tendencias no podía ser otra que la producida por un sistema egoista y opresor. Ninguna instrucción se dió á la raza primitiva, ninguna industria se procuró enseñarle; y cuando el progreso de las ciencias y las artes adquiría un vuelo sorprendente en Europa; cuando por la invención admirable de Gutenberg tomaba la inteligencia del europeo incalculable fuerza, el infeliz habitante del Nuevo Mundo se hallaba sepultado en las minas de oro y plata, para aumentar las riquezas de sus señores: se hallaba desnudo y hambriento en medio de la abundancia y el esplendor de los encomenderos; y bajo el peso de un áspero trabajo

sucumbía miserablemente, sin haber gozado un momento de felicidad.

De nada servía que los reyes dictaran providencias favorables á los indios, ni que la nación española se inclinase al mejoramiento del trato que debía dárseles, si los que habían de cumplir las leyes y satisfacer la opinión del pueblo castellano eran los mismos interesados en la conservación de los abusos y usurpaciones que aquellas trataban de evitar.

Hacer luz en las tinieblas en que se hallaba la raza americana; traer la civilización á su barbarie; cambiar su idolatría en elevados sentimientos morales; modificar sus costumbres selváticas, enseñándole la vida de los pueblos civilizados: esa debió ser la acción benéfica de la conquista, esa la gloria positiva de la nación conquistadora, si los capitanes que tomaban posesión del Nuevo Mundo hubieran cumplido con puntualidad las disposiciones de los soberanos de Castilla. Pero la desobediencia sellaba todos sus actos, y no tenían otro pensamiento que el de acabar con los aborígenes, destinándolos sin compasión á los más ímprobos trabajos, ni más ocupación que la de despedazarse unos á otros, arrebatándose las codiciadas presas. Sin alejar la observación de la historia del Darién y Centro-América, para consultar la de otras provincias, vemos que Núñez de Balboa y Hernández de Córdoba fueron sacrificados por la codicia de Pedrarias Dávila, que Cristóbal de Olid lo fué por la de Francisco Las Casas y Gil González, y que este último sacrificó también á Diego de Armenta.

Apartemos, sin embargo, la consideración de esos tristes sucesos, puesto que hemos de relacionarlos detalladamente en el curso de la presente historia; y pasemos ahora á investigaciones de otro género.

## II.

Al fijar la atención en la grandeza, majestad y pompa de la naturaleza del Nuevo Mundo, ocurre preguntar: ¿de dónde vinieron los hombres que lo pueblan?

El célebre Voltaire, como por un esfuerzo de filosofía, y con una sonrisa de triunfo, dice: «si no causa admiración el en-

contrar moscas en América, es una estupidez el admirarse de que haya hombres.»

Juzga ese filósofo que el indio americano es una producción espontánea de la naturaleza, como las flores, los frutos y los animales que vagan en los bosques y en las aguas. Esa teoría y las que en ella se fundan, no son concluyentes, porque dejan en pie otras suposiciones más verosímiles y conformes con las revoluciones geohidrográficas del globo. Así, pudiera decirse: si los mares se han dividido por el esfuerzo de grandes convulsiones del lecho en que estaban asentados, ¿por qué no puede suponerse que en uno de esos formidables cataclismos la tierra quedó también dividida, con mares de por medio, y las fracciones sin ninguna comunicación entre sí que á través de los siglos pudiera conservar la memoria de lo que habían sido?

Para conocer el origen de los americanos, que quizás no es uno, basta examinar sus relaciones de semejanza con hombres de otras razas que pueblan el Viejo Mundo. Voltaire cree encontrar por lo correspondiente á lo físico en los esquimales que habitan hacia los 60 grados del Norte, un rostro y una estatura muy semejantes á los de los lapones. Dice también «que en medio de las tierras del África hay una casta poco numerosa de hombres pequeños y blancos como la nieve, cuya cara tiene la misma forma que la de los negros, y cuyos ojos redondos se parecen perfectamente á los ojos de las perdicés. Los portugueses los llamaron *albinos*: son pequeños, débiles y bizcos; la lana que cubre su cabeza y que forma sus cejas es como un algodón blanco y fino; son inferiores á los negros en la fuerza del cuerpo y del entendimiento, y la naturaleza quizás los ha colocado después de los negros y de los hotentotes, y superiores á los monos, como una de las clases que se encuentran descendiendo del hombre al animal.»

Una raza semejante á ésta se ha encontrado en América. El Capitán Rogers, que navegó hácia las costas de California, descubrió poblaciones de negros, y asegura además que en el istmo de Panamá existía una casta que se llamaba *Darienes*, muy parecida á los albinos, con los ojos negros, rodeados de párpados que formaban un semi-círculo. Estos hombres, no pudiendo ver de día, sólo por la noche salían de sus cuevas.

No puede negarse el influjo que en la naturaleza del hombre ejercen las circunstancias que lo rodean. Los habitantes del Norte, aunque con los mismos órganos vitales, no son en todo idénticos á los de la zona tórrida. Esto indica que hay hombres de distintas razas ó especies, y que los moradores de América en la época de la conquista, han podido descender de otras razas que poblaban el antiguo mundo; pero no prueba que el hombre sea una planta que nació espontáneamente, como producción del suelo, y que cada raza se halla desvinculada de las otras.

En esa teoría enteramente panteística se fundaban las antiguas instituciones de Grecia para establecer la esclavitud, y en ella misma se apoyaron los frailes franciscanos para sentar el principio de que los indios de América eran esclavos por naturaleza. El filósofo Voltaire, ciego por sus propias doctrinas, olvidó que al negar la unidad del género humano, negaba la igualdad y aceptaba la distinción de clases, nacidas unas para mandar, y otras para obedecer.

«Nadie se ocupa, dice el filósofo de quien vengo hablando, en saber si las orugas y los caracoles de una parte del mundo son originarios de otra parte, y así ¿por qué admirarse de que haya en América algunas especies de animales y algunas castas de hombres, semejantes á las nuestras?»

En esas palabras se reconocen las especies, después de haberse negado el género. Según ellas, se parece el americano al europeo; pero hay entre uno y otro inmensa distancia, *así como los pinos de la Noruega no son ciertamente los padres de los claveros de las Molucas, y están tan lejos de sacar su origen de los pinos de otros países, como la yerba de los campos de Arcángel lo está de ser producida por la de las orillas del Ganges.*

Ya hemos dicho que al desconocerse la unidad del género humano se desconoce la igualdad entre los hombres, y que al desconocerse la igualdad se justifica la esclavitud. En las relaciones de las diversas castas no habría otro móvil que el de la fuerza. El león de Numidia, por ser más feroz, domina naturalmente al león americano; y así mismo el habitante de América, por ser de carácter suave hasta la humildad, debería re-

conocer como á señor natural al fuerte y sagaz europeo. Para establecer la igualdad intelectual, de nada serviría la educación, de nada servirían las luces; porque la naturaleza misma habría establecido una honda separación que no podría salvar ningún modificador. El progreso sería imposible: la inteligencia humana, que en su vuelo sublime recorre el espacio infinito, permanecería inerte; y el hombre, rey de la creación, condenado á eterna estupidez, se diferenciaría del bruto sólo por su debilidad.

Sabido es que cuando los españoles conquistaron el Continente americano, encontraron dos grandes imperios que habían hecho notables progresos en la civilización: Méjico y el Perú. Ambos estaban situados dentro de los trópicos, y la capital del último de esos países, que era el más civilizado, se hallaba bajo el ecuador. Sus habitantes poseían el hierro y lo trabajaban, labraban las piedras preciosas, fabricaban hermosos tejidos de algodón, lana y plumas, y ejercían otras varias industrias. ¿Como pudieron adquirir esas nociones en el aislamiento en que la inmensidad del Océano los tenía colocados? Es de suponerse que eran reminiscencias de una civilización anterior.

Si de aquellas dos poderosas naciones trasladamos la consideración á los pueblos del Centro de América, encontraremos, en verdad, pocos progresos; pero que habrían sido superiores ó por lo menos iguales á los de España en el siglo xv, si estas provincias hubieran contado con los elementos que transmitieron á Europa, Grecia y Roma, con las producciones científicas de Asia y África, pueblos antiguamente civilizados, y con la comunicación permanente con naciones de alta cultura.

Los europeos de aquel siglo poseían, desde una época que remonta á más de tres mil años, el hierro, y lo trabajaban para los usos de la vida en relación con la industria; tenían animales como el caballo y el buey, granos abundantes, para una alimentación sana y espléndida; mientras el indio americano sólo contaba con el maíz y el cazabe.

¿Que razón fuvieron, pues, los frailes franciscanos españoles, y con ellos el filósofo Voltaire, para rechazar al americano y colocarlo fuera de la humanidad? Los indios de América

no son plantas, como los pinos de la Noruega y los claveros de las Molucas; sino hombres tan racionales y progresivos como el europeo.

Mucho se ha escrito en favor de la teoría de Montesquieu, que da al clima grande influencia sobre el hombre, haciéndose sentir en sus órganos, en el desenvolvimiento de su inteligencia, en la fuerza de sus pasiones y en toda su existencia. Las observaciones que Montesquieu encontró en el *Viaje de Chardino* fueron la base de su doctrina. Pero también se ha escrito mucho en contra con el fundamento de otros hechos recogidos por ilustres viajeros.—Helvecio atacó fuertemente al jurisconsulto filósofo; Voltaire quiso con bromas hacer de la teoría objeto de risa, y Volney la contradujo con raciocinios al parecer incontrastables. Ninguno, empero, logró su objeto. No se necesita ser filósofo para comprender que del mismo modo que la temperatura influye en las plantas, debe influir en el hombre, sujeto por su sensibilidad á las consecuencias del calor y del frío.

La verdadera dificultad sería la de averiguar á qué causas se debe que los de la raza caucásica tengan la tez encarnada; los de la mongola, aceitunada; los de la etiópica, negra; los de la americana, oscura, de tintes más ó menos rojos; los de la malaya, morena: sería también necesario inquirir por qué los descendientes de esas razas tienen iguales caracteres á los de sus progenitores, cuando no hay cruzamiento, aunque nazcan bajo la acción de climas opuestos y permanezcan sujetos á diversas influencias físicas. Las plantas y los brutos mejoran ó degeneran al ser trasladados de un lugar á otro; el hombre permanece en su estado primitivo.

No han faltado sabios que hayan sentado la extraña teoría de que puede modificarse la especie, modificando al individuo durante cierto número de generaciones. Han creído que los primitivos habitantes del Continente americano nacían de color cobrizo, porque sus progenitores se pintaban de rojo; en vez de decir que se pintaban de rojo, porque nacían cobrizos. Volney piensa que los africanos tienen la tez negra por causas que fueron accidentales. «Yo observo, dice este escritor, que la cara de los negros representa precisamente aquel estado de

contracción que toma nuestro rostro cuando le afecta una luz muy viva ó una fuerte reverberación de calórico. Entonces se fruncen las cejas, se levantan los pómulos, se cierran los párpados y se hacen gestos con la boca. Y esta contracción que se verifica en el árido y caloroso país de los negros, ¿no ha debido convertirse en carácter propio de la cara?» (1)

No están confirmadas por la experiencia las opiniones del autor de *Las Ruinas*. Los isleños del Océano Pacífico se pintan la piel, introduciéndose colores indelebles, pero sus descendientes no nacen pintados. Los chinos comprimen los piés de sus hijas para evitar que les crezcan, y tienen que repetir la operación con todas las que van naciendo, porque sin ella no lograrían la disminución que apetecen. La desigualdad física del hombre significa que la especie humana está dividida en razas, pero no que las diferencias materiales que en ellas se notan influyan en la inteligencia propia y natural del género, ni diversifiquen su origen primitivo.

Es hasta ahora un problema si algunos pueblos que se encuentran entre los trópicos en un estado casi nulo de civilización, nunca pudieron elevarse sobre su condición actual, ó si descendieron á causa de grandes catástrofes, borradas de la memoria por numerosos siglos. Humboldt dice que la barbarie que se nota en la parte Nordeste de la América equinoccial, menos es debida quizás á la falta primitiva de toda civilización que á los efectos de un dilatado embrutecimiento. Y piensa que la mayor parte de las rancherías que se designan con el nombre de salvajes, descienden probablemente de naciones en otro tiempo muy cultas. «¿Cómo deslindaremos, dice el sabio viajero, la infancia prolongada de la especie humana (si es que existe en alguna parte) de aquel estado de menoscabo moral en que el aislamiento, el desamparo, las emigraciones forzadas ó los rigores del clima barren hasta los postreros resíduos de la civilización?» Las lecciones de la experiencia han venido á darnos á conocer hasta donde puede elevarse la inteligencia del indio americano, y que las diferencias observadas entre los hombres de las diversas razas no rompen la unidad. La inte-

(1) *Voyage en Syrie et en Egypte*. T. I. pág. 74.

lectualidad es la misma y no existe razón alguna para creer que hay entre ellas diversidad de origen, porque unas sean bárbaras y otras civilizadas, unas blancas y otras negras, unas rojas y otras cobrizas.

Se ha dicho que los fenicios y los cartagineses tuvieron algún conocimiento de la América, y que lo largo y peligroso del viaje de uno á otro Continente y la poca destreza que se tenía en la navegación los obligó á abandonar, ó por lo menos á descuidar la ruta, de tal manera que de siglo en siglo vino perdiéndose la memoria sobre la existencia de lo que después se llamó Nuevo Mundo.

Si la reina de España, doña Isabel la Católica, no hubiera dado crédito á la relación del Geógrafo Cristóbal Colón, acaso no se tendría noticia hasta ahora de este Continente, ni de las islas que lo rodean, aunque el filósofo Séneca hubiese predicho en la tragedia de *Medea* (acto 2, vers 27 y siguientes) los descubrimientos que se hicieron en los siglos xiv y xv (1). El conocimiento que este filósofo tenía de la historia y de los secretos de la naturaleza, le hizo prever la existencia del país que habían conocido los fenicios y los cartagineses.

Esa relación bastaría para demostrar que este Continente no fué desconocido de los antiguos. Platón, en su *Timeo*, introduce sacerdotes egipcios, contando á Solón, que en otro tiempo, pasadas las columnas de Hércules, hubo una isla denominada *Atlántida*, más grande que el Asia y que la Libia ó el África, la que fué sumergida por un horrible temblor de tierra y una lluvia extraordinaria que duró un día y una noche. El filósofo habla de los reyes que gobernaron en ella, de su poder y sus conquistas. Diodoro de Sicilia refiere que habiendo pasado algunos fenicios las columnas de Hércules, fueron llevados por furiosas tempestades hácia tierras muy lejanas del Océano, y que llegaron á la parte opuesta del África, á una isla muy fértil, atravesada por grandes ríos navegables, la cual no pudo ser conocida de los europeos por haberlo impedido los carta-

(1) Venient annis secula seris  
 Quibus oceanus vincula rerum  
 Laxet et ingens pateat tellus,  
 Tethysque novos detegat orbés,  
 Nec sit terris última Thule.

gineses. Después se ha creído que esa pretendida isla pudo ser América, si se considera su situación.

Por lo que toca al origen de los americanos, Grocio dice que los pueblos de la América setentrional vinieron de la Noruega; los de Yucatán, de la Etiopía; los del Perú, de la India y de la China; y los que están al Mediodía, hasta el Estrecho de Magallanes, llegaron del Oriente por las tierras australes. Se ha pensado que estando contiguas ó próximas á América las extremidades de la Tartaria, pasaron muchas colonias de este país á poblar las tierras del Continente americano. «Esto parece tanto más verosímil, dice Moreri (de quien tomo algunos de los presentes datos) cuanto más se considere que la lengua de los americanos setentrionales tiene mucha relación con la lengua tártara.»

Es constante además, que, ya sea de Europa por la Groenlandia, ya del Asia por algunos estrechos que no son muy largos, se ha podido pasar á la América, que toca en sus extremidades hácia el Norte con el Continente europeo.

Se ha podido también pasar de la tierra austral por el Estrecho de Magallanes, que sólo tiene dos ó tres leguas de largo. «Así pues, dice Moreri, los americanos deben su origen á los europeos ó á los asiáticos, y puede ser que lo deban á unos y á otros.» Esta opinión, fundada en las observaciones de la historia y en la lógica de los acontecimientos humanos, destruye en su base la ridícula teoría de que los habitantes de América brotaron de la tierra como las plantas.

### III.

El calor de las regiones equinocciales de América, no había sido un obstáculo al desenvolvimiento de las facultades intelectuales de los indios. Muy conocida es la situación en que los españoles encontraron á Méjico y al Perú. Los progresos que antes de la conquista habían hecho en las artes, en las ciencias y principalmente en el gobierno político, han merecido la admiración de los sabios. En aquella época habían dejado de ser tribus cazadoras, y sacaban de la labranza sus principales medios de subsistencia. Los indígenas del Brasil y

los del Uruguay, situados entre los veinte ó treinta grados de latitud austral, aventajaban á los mejicanos y peruanos en el arte de la labranza, pues habían reducido las tierras á propiedades particulares, y buscaban en la caza y la pesca lo que no podía darles el suelo. (1)

La civilización, empero, no era general. Había pueblos salvajes y crueles, como los que habitaban en las riberas del Amazonas, que eran antropófagos, y también los mejicanos, quienes, según dice Bernal Díaz del Castillo, comían carne humana, no obstante su cultura relativa. En cuanto á esa feroz costumbre, se nota alguna diferencia en los aborígenes de Nicaragua. Parece que comían la carne de las víctimas, sólo como un complemento del sacrificio que consagraban á sus dioses.

El Padre Las Casas asegura que este horror no se ha cometido en América, sino en algunos pueblos en los cuales no había viajado. Dampierre dice que jamás ha encontrado antropófagos, y que puede ser que en el día no existan dos poblaciones en donde se halle en uso esa horrible costumbre.

Pero poco debemos extrañar que hayan sido antropófagos algunos pueblos del Nuevo Mundo, cuando el mismo Voltaire, atribuyendo á la venganza tan repugnantes hechos, dice que se vió en los siglos más civilizados al pueblo de Paris, devorando los restos sangrientos del Mariscal de Ancre, y al de la Haya comerse el corazón del gran pensionario de Wit. Y concluye observando que no debe causar sorpresa el que un horror, pasajero en Francia, haya durado en los países salvajes.

Entre todos los pueblos de América no se han conocido otros más bárbaros que los que viven en el Estrecho de Magallanes ó en la Tierra del Fuego. Por todo vestido se colocan en las espaldas una piel de buey marino; y sus cabañas consisten en algunas estacas hincadas en el suelo, inclinadas unas sobre otras por la punta, formando una especie de cono, y cubiertas con ramas por la parte del viento. No dan á sus alimentos preparación alguna, y devoran el pescado crudo y la carne podrida. Los esquimales, situados bajo una latitud muy

(1) Robertson.—*Hist. of America*, Vol. 2, pág. 281.

elevada, son menos salvajes que las tribus de la Tierra del Fuego. (1)

El estado de estupidez en que se hallaban esos pueblos, nada prueba en contra de su intelectualidad, ó más bien dicho, en contra de su aptitud para salir de una condición tan degradada, y pasar á otra más conforme con los hábitos de la civilización y aun con la naturaleza misma del hombre.

Ha sucedido con frecuencia, que los escritores europeos, acostumbrados á la cultura de aquel Continente, exageran la rusticidad de los americanos, y aun se deleitan formando comparaciones que no puede admitir la historia.

El geógrafo M. Lévy se ocupó muy detenidamente en comparar á Nicaragua con las antiguas naciones de Europa, y principalmente con Francia, haciendo notar á cada paso lo que aquí no hay y allá sí, como poniendo en parangón la alta cultura europea con el atraso en que se encuentran estos pueblos.

Esa comparación carece de objeto. Es imposible que países que tienen un corto período de existencia hayan podido elevarse al grado de perfección que ha adquirido en miles de años la vieja Europa. Para proceder filosóficamente, y con alguna utilidad, debe compararse la civilización de un mismo pueblo en dos distintas épocas, ó la de dos pueblos diversos en igualdad de circunstancias. Pudo aquel geógrafo haberse ocupado útilmente, comparando la actual situación de Nicaragua con el estado en que se hallaba antes de la independencia, y pudo también haber comparado á esta República en su actual infancia con cualquiera otra nación de Europa en la época en que se hubiera hallado en las mismas condiciones físicas e intelectuales.

Tampoco el Centro de América al tiempo de la conquista podía admitir comparación con el Perú, ni con Méjico, por sus riquezas ó por su grado de civilización; pero sí con cualquiera otro de los países descubiertos. De éstos hay varios que desde su independencia á la época presente han hecho progresos superiores por circunstancias especiales; pero puede asegurarse que difícilmente se encontraba la raza indígena de varias naciones americanas en el grado de civilización en que se hallaba

(1) Carlos Comte.—*Tratado de Legisl.*, Tomo 2.º

la de Nicaragua y la de otras regiones de la América Central. Eran los indios inteligentes, trabajadores, cuidadosos y activos.

Pero hay en América cierta raza que constituye una especialidad. Carlos Comte, en su excelente Tratado de Legislación, refiere que «en la costa del Noroeste de América se presenta un notable fenómeno, á saber, el de una población, cuya industria y facultades intelectuales han recibido un desarrollo considerable, en medio de tribus que se han mantenido ó descendido al grado de la más rematada barbarie. Los Tchinkitanes, situados entre los 50 y 55 grados de latitud Norte, y algunos de los cuales han subido hasta los 60 grados en las orillas del rio Cook, son un pueblo que se distingue de todos los demás de la misma raza, que habitan el Continente americano. Sin otro auxilio que el fuego y los útiles que han formado con piedras, huesos de cuadrúpedos, espinas y ásperas pieles de cetáceos, construyen casas de dos pisos, de cincuenta pies de largo, treinta y cinco de profundidad y catorce de elevación; forman tablas de veinticinco pies de largo, con cuatro de anchura y dos pulgadas y media de grueso; ejecutan en madera esculturas que representan hombres, aves, ú otros animales; pintan el exterior de sus casas y adornan el interior con cuadros; hilan y tejen el pelo de los animales, sirviéndose de sus tejidos para capas; tallan la serpentina y le dan el pulimento del mármol; fabrican flautas y un instrumento de música algo parecido al arpa. Este pueblo guarda mucho orden en el comercio que hace con los europeos, y no es ruidoso ni importuno. Viste á la europea, y en sus trueques prefiere los trajes, las armas y las vasijas propias para la preparación de sus alimentos.»

Está visto, la desigualdad intelectual que se nota entre los diversos pueblos que habitan un mismo Continente, y el grado de sensibilidad que los distingue, apareciendo unos con cierta cultura en medio de la barbarie, y otros con una estupidez invencible que los aproxima á los brutos, es la desigualdad natural que se observa entre los individuos de una misma nación, de un mismo pueblo y aun de una misma familia: es esa desigualdad sin la cual sería imposible la existencia humana, porque no necesitando los unos de los otros, vivirían todos en

el aislamiento; ninguno probaría las dulzuras de la sociedad; y las amarguras de la vida carecerían de las compensaciones que forman la tela de nuestra existencia y de que nacen los derechos en las cosas y en las acciones de los hombres. Las tradiciones de la historia dan á conocer las antiguas organizaciones de Grecia y Egipto; y del mismo modo la historia tradicional del género humano nos ha transmitido los detalles de su primitiva barbarie, de que vino á dar una muestra la barbarie de América. Empero, la unidad de Dios ha sido en el Antiguo y en el Nuevo Mundo, vínculo de unidad y de doctrina y ha venido suprimiendo las odiosas distinciones de razas que en Grecia y en Egipto, y después en la Europa de la Edad Media, formaron la base de aquellos sistemas políticos y sociales que por muchos siglos mantuvieron encadenada á la humanidad.

La organización de América, cuando llegaron sus conquistadores, tenía puntos de semejanza con el antiguo patriarcado de los hebreos y con las viciadas instituciones de Grecia y Egipto. En estos dos pueblos vemos que la fuerza física explota por sistema la debilidad: que la mujer, el niño y el anciano gimen bajo el yugo de la brutalidad de sus señores; mientras que entre los hebreos, la unidad política y religiosa, fundada por Moisés, uniformó la condición de la mujer y la del hijo y estableció respecto de ellos derechos y obligaciones. Así en América el Cacique era el patriarca de la pequeña tribu: entre los originarios de cada una de ellas existía la igualdad; pero se hallaba establecida la esclavitud contra los enemigos. Esas conexiones que la historia distingue á través de la densa niebla con que encubren los acontecimientos antiguos las preocupaciones y las falsas suposiciones del que á tan gran distancia los observa, nos inclinan á creer en la diversidad de procedencia de las tribus americanas, y que sus aptitudes intelectuales eran las mismas que caracterizaban á las razas de que descendían.

La historia de todos los pueblos nos enseña que hay en el corazón del hombre un sentimiento indestructible, una creencia universal, bálsamo de consuelo para el joven como para el anciano, para los pueblos cultos como para los bárbaros, y

que es la base de todo edificio religioso: ese sentimiento sublime y bienhechor es el reconocimiento de una Providencia Divina y de un plan providencial.

Pero se ha dicho por algunos filósofos que la religión es fruto del atraso de las sociedades; es la concepción de imaginaciones tímidas, que ignorando lo que existe en la oscuridad pavorosa que se sigue á la muerte, ven espectros y sombras fantásticas, como el que cierra los ojos después de tenerlos fijos en los resplandores del sol. Los incrédulos del presente siglo, reproduciendo en distinta forma las doctrinas de los incrédulos de los siglos pasados, nos dicen que no hay más divinidad para el hombre, que *su razón y la ciencia*. Pero ¿podrán la razón y la ciencia, siempre deficientes, como lo es el hombre, destruir las ideas religiosas dando á la vida universal una procedencia en que Dios no tiene parte? Nunca. La fé filosófica que las anima, nacida del examen siempre imperfecto de la naturaleza, jamás podrá probar que su sistema sobre la producción espontánea de lo que existe en el mundo, ha descubierto la divinidad misteriosa que anima á la creación.

Esa sola consideración demuestra la unidad del género humano, y que encaminándose todo él á un solo fin, en virtud de esa misma unidad, iguales deben ser los medios con que la Providencia lo ha dotado, é iguales su intelectualidad y sus fuerzas, para dirigirse con uniformidad á su común destino.

Los monumentos antiguos y la tradición nos hacen pensar que los indios americanos, antes de la conquista, tuvieron algún conocimiento de la religión cristiana. En el reino de Yucatán encontraron los españoles varias cruces, y una de cal y canto que tenía diez palmos de elevación y se hallaba colocada en medio de un cercado muy lucido y con almenas, junto á un hermoso templo en la isla de Cozumel. Los naturales adoraban esa cruz, teniéndola por el dios del agua lluvia, y cuando ésta escaseaba, le sacrificaban codornices. Preguntados cómo habían tenido noticia de aquella señal, contestaron que un hombre muy hermoso que había pasado por allí se las dejó, encargándoles que siempre lo conservasen en la memoria. Otros decían que la causa de tener en adoración la cruz, era la de

haber muerto en ella *un hombre más resplandeciente que el sol* (1).

Noticias no menos curiosas dan los autores de quienes tomo estos datos, sobre las creencias religiosas en el reino de Yucatán. El Obispo de Chiapas, Fray Pedro Mártir, refiriéndose á un clérigo muy honrado, instruido en el idioma de los indios, asegura que habiendo éste tratado de inquirir acerca de la antigua creencia religiosa de un señor principal de la tierra, supo que ellos creían en Dios que estaba en el cielo y que era Padre, Hijo y Espíritu Santo: que el Padre, llamado *Izona*, había creado los hombres y todas las cosas; el Hijo tenía por nombre *Bacab*, nacido de una doncella siempre virgen, llamada *Chibirias*, que moraba en el cielo con Dios. Al Espíritu Santo le llamaban *Echuac*. Decía también que á *Bacab*, que era el Hijo, le había dado muerte *Eopuco*, después de haber mandado azotarlo, ponerle una corona de espinas y atarlo de brazos en un madero hasta que expiró; pero que al tercer día tornó á la vida y subió al cielo, donde estaba con su Padre. *Izona* significaba en el idioma del país el Gran Padre; *Bacab* ó *Bacabab* quería decir Hijo del Gran Padre; *Echuac* era lo mismo que Mercader, y *Chibirias*, Madre del Hijo del Gran Padre.

A esos informes sobre las nociones del cristianismo en América, antes de la conquista, agregaba el Cacique de Yucatán otros que han podido ser objeto de estudios históricos descuidados hasta hoy, sin embargo de la importancia que tendrían para conocer el movimiento progresivo de la civilización en el nuevo Continente.

Decía el indio que en tiempos remotos habían llegado á aquella tierra veinte hombres: que el principal, llamado *Cocolcán*, era el dios de las fiebres ó calenturas: dos de los otros hombres eran dioses del pescado: otros dos de los cortijos ó heredamientos y así los demás. Llevaban ropas largas, sandalias por calzado, las barbas grandes y las cabezas descubiertas. Mandaban á las personas que se confesasen y ayunasen, lo cual hacían algunos los viernes, que llamaban *himis*; porque en ese día había muerto *Bacab*. Los señores principales del

(1) Pedro Mártir, cap. 1, cuarta Dec.—Las Casas, *Hist. Apolog. de las Indias*, cap. cxxiii.

reino estaban impuestos de todas esas particularidades; pero el pueblo solamente creía en las tres personas, *Izona*, *Bacab* y *Echuac* y en *Chibirias* y su madre *Hischén*, en quien los frailes existentes en el lugar creían reconocer á Santa Ana, madre de María. (1)

En el reino de Guatemala, antes y después del diluvio, adoraban por dioses á un Padre y Madre Supremos que estaban en el cielo; pero siempre aparece la fábula mezclada con las ideas religiosas en los pueblos primitivos. Referían aquellos naturales que habiendo cierta mujer principal llamádoles, para encomendarse á ellos, se le apareció una visión que le dijo: «no llames á otro, sino á mí, de esta manera: que yo te acudiré.» Habían olvidado el nombre que expresó la visión, pero les parecía que era el de Dios.

También decían que después del diluvio, cuando la gente había crecido y multiplicádose, se aseguró públicamente haber nacido un Dios á treinta leguas de la capital de Guatemala, en la provincia denominada Utatlán, á la cual se dió posteriormente el nombre de Vera-Paz; y que á ese Dios le habían apellidado *Exbalanquén*. En su mayor edad fué á hacer guerra al Infierno; peleó con todos los habitantes de aquella horrorosa mansión; los venció y capturó al rey y á un gran número de los de su ejército. Trató *Exbalanquén* de volver al mundo con su presa. El rey del Infierno, viéndose ya á tres ó cuatro grados de la luz, le rogó que no lo sacase de su imperio; y el vencedor, con grande ira, le dió una coz. diciéndole: «vuélvete, y sea para tí todo lo podrido y hediondo.» Llegó *Exbalanquén* á Vera-Paz. Los vecinos de este reino no le tributaron las pompas y fiestas que él deseaba; y ofendido por esta falta, se fué á otra nación, en donde lo recibieron á su placer. El vencedor del Infierno empezó á sacrificar hombres. A su ejemplo los moradores de aquella tierra ofrecían en holocausto seres vivientes y conservaban unos cuchillos de piedra muy agudos, que según ellos, habían caido del cielo, para que los emplearan en los sacrificios los pueblos y las personas que los hubiesen menester.—Tenían estas armas en gran veneración:

(1) Las Casas, lugar citado.

hacíanles muy ricos cabos con figuras de oro y plata y con esmeraldas y turquesas, y las conservaban en los altares.

Los ídolos que adoraban comunmente en aquellos lugares, eran figuras de hombres, mujeres y animales esculpidos en piedras de diversos colores.

En el reino de Méjico tenían una religión y unos dioses que poco se diferenciaban de los de Yucatán. Tales creencias se extendían hasta la provincia de Nicaragua, y volviendo á la de Jalisco, llegaban á las de Colima y Culiacán.

Sean verdaderas ó falsas esas narraciones, es lo cierto que todos los pueblos, desde su principio, han reconocido la existencia de una divinidad creadora de todas las cosas. Los sectarios de Mahoma creen en un dios, único, clemente, autor de la vida; á diferencia de los cristianos, que creen que es uno, pero dividido en tres personas. Los hijos de Zoroastro reconocen á Ormuzd como dios del principio bueno y de la luz, y á Ahrimanes como dios del principio malo y de las tinieblas. Las sectas indias admiten las mismas divinidades y tienen á Bermah como al Dios creador, á Vichenou como al dios conservador y á Chivén como al dios de la destrucción. Para el chino el dios creador es Fot; para el japonés es Budso; para el habitante de Ceilán, Bedhou; para el de Laos, Chekia; para el pegouán es Phta; para el siamés, Sommonakodom; para el tibetano son Boudd y La. Todos esos pueblos, ó más bien diré, todos los pueblos del mundo, se hallan de acuerdo en un punto: en la existencia de un Dios creador. Pero algunos filósofos, apartando de sus teorías ese reconocimiento universal y de todos los tiempos, suprimen á Dios y enseñan que el hombre y todo lo existente son producto espontáneo de la naturaleza.

No puede dejar de reconocerse que los filósofos exclusivistas se hallan encerrados en un círculo vicioso. Esto consiste en que la escuela filosófica prescinde por completo de la escuela histórica, sin reconocer que ésta tiene un criterio admirable, aunque á veces aparezca limitado. Montesquieu en Francia, Burke en Inglaterra, Savigny en Alemania y Vico en Italia, han difundido los principios, aplicándolos á las instituciones de los pueblos. Para la escuela filosófica, con el *subjetivismo absoluto* de Hegel, los *organicismos* de Kant y de Krau-

se, el *idealismo subjetivo* de Fichte, nada tiene razón de existencia fuera del Ideal. Este ideal es el yo personal para los radicales, y el yo humanidad para los tímidos. (1)

Ni en el conocimiento de la historia, ni en el de las legislaciones civiles y políticas de los pueblos, debe prescindirse de los principios establecidos por las dos escuelas: la histórica nos ilustra con los ejemplos de la experiencia, y la filosófica con las deducciones de nuestro propio juicio. Si no se armonizan los dos elementos, no podrá adquirirse un conocimiento perfecto sobre la vida de los pueblos, ni sobre su religión, sus leyes, instituciones y costumbres.

#### IV.

En lo que se ha relacionado se ve cuál fué el origen de los habitantes de América, cuál su civilización ó barbarie anterior y aun posterior á la conquista, y cuáles sus creencias religiosas, usos y costumbres. Ahora vamos á tratar, aunque brevemente, del estado en que se hallaba España en la época del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, y de las empresas acometidas por los españoles, para posesionarse, casi á un mismo tiempo, de todos los territorios que fueron después virreinos y capitanías generales, sometidos al gobierno de la Metrópoli.

La noche del 27 de Diciembre de 1481 es en extremo notable para los españoles. Un acontecimiento que acaso se consideró aislado en los momentos de efectuarse, fué el punto de partida de la nacionalidad española y preparó los ánimos para el descubrimiento y conquista de América.

El infante don Fernando, abuelo del rey católico, había ganado de los moros la villa de Zahara, situada entre Ronda y Medina Sidonia. Esta plaza fuerte se hallaba desde entonces en poder de los cristianos. Hernando de Saavedra, que la custodiaba, no tenía motivos para recelar una perfidia de parte de los moros, y se había descuidado de aumentar la tropa, los

(1) Sobre esta materia puede verse un discurso pronunciado en el Ateneo Barcelonés por don Ignacio M. Ferrán, y que precede á la traducción de la conferencia de M. Mermilod, sobre la cuestión obrera.—1872.

almacenes y las vituallas. Llegó á noticia del rey moro de Granada, Albohacén, el descuido de Saavedra y dispuso darle una sorpresa. Favorecido por la noche del 27 de diciembre, que era tempestuosa, la llevó á efecto. Los moradores que se atrevieron á resistir con las armas, perecieron, y los que se quedaron en sus habitaciones, bajo la influencia del terror, fueron conducidos á Granada, sin que el vencedor tuviera compasión de viejos, niños y mujeres. La villa quedó en poder de los moros, quienes la fortificaron muy bien, temiendo que los cristianos hicieran poderosos esfuerzos por recuperarla.

No era de esperarse que los castellanos tolerasen una acción tan villana: creyeron que había llegado la hora de vengar las injurias pasadas y la presente. Los reyes católicos, don Fernando y doña Isabel, que se hallaban en Medina del Campo, informados de lo que había pasado en Zahara, dieron orden á los comandantes de la frontera y á las ciudades comarcanas, de prepararse para la guerra, y les recomendaron la vigilancia, haciéndoles presente que el daño recibido debía hacerlos más cuidadosos, y que los moros nunca guardaban la fé y la palabra prometidas.

Los castellanos ya se hallaban apercebidos para la guerra, cuando les llegó aviso de que la villa de Alhama, perteneciente á los moros, tenía poca guarnición y que los centinelas se descuidaban con frecuencia. Diego de Merlo, Asistente de Sevilla y encargado de la guerra, conferenció con el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce, sobre esa importante circunstancia: acordaron dirigirse á Alhama con rapidez, de noche y por caminos extraviados. Dos mil y cuatrocientos de á caballo y cuatro mil de á pie, formaban la fuerza de que disponían. Llegaron á un valle rodeado de collados: de allí se adelantaron trescientos hombres escogidos, los cuales llegaron muy noche, y viendo que no había movimiento alguno en el castillo, pusieron sus escalas y subieron á la muralla.—Dieron muerte á los centinelas, degollaron á algunos otros y abrieron la puerta del castillo, por donde entró el resto de la tropa.—Una lucha desesperada se empeñó después con los de la ciudad: murieron en ella dos de los principales castellanos. Aunque los moros estaban en mayor número, triunfó el valor de sus contrarios.

Los vencidos que se refugiaron á la Mezquita fueron degollados, y los demás, capturados para esclavos.

Así tomaron los españoles la debida reparación del agravio inferido con la toma de Zahara y dió principio la dilatada y gloriosa guerra en que España pudo por fin recobrar los reinos que por la perfidia de uno de sus hijos habíanle arrebatado los sarracenos.

El nombre y la gloria de Castilla, que antes no pasaban de sus propios límites, se extendieron por todos los confines del mundo conocido. Pero los reyes católicos, movidos más bien por un mal entendido celo religioso, que por exigencias de la política ó por temores de una reacción, que era casi imposible, así que se vieron desembarazados de la guerra de los moros, dictaron una providencia de resultados funestos á la futura prosperidad de la nación.

Establecieron la Inquisición en sus dominios, y por el mes de Marzo de 1492 hicieron pregonar un edicto en que se mandaba que dentro del término de cuatro meses saliesen del reino todos los judíos, á quienes se daba licencia de vender sus bienes ó llevarlos consigo. Fray Tomás de Torquemada, primer inquisidor general, por otro edicto prohibió á todos los fieles el trato y comunicación con los judíos, transcurrido que fuera aquel plazo, sin que les fuese lícito en adelante darles mantenimiento, ni otra cosa necesaria, bajo penas muy graves al que hiciera lo contrario.

El rey de Portugal, don Juan II, concedió permiso á gran número de israelitas, para permanecer en el reino, á condición de pagar cada uno ocho escudos de oro por el hospedaje, y que dentro de cierto tiempo, que se les señaló, saliesen del territorio, bajo apercibimiento de ser vendidos por esclavos si no cumplían.—Había más perfidia en el asilo que don Juan II concedía á los judíos, que injusticia en la expulsión decretada por los monarcas españoles. Estos, aunque impelidos por una ciega preocupación religiosa, fueron magnánimos al concederles vender ó llevar sus bienes; aquel especuló con la desgracia, despojándolos inhumanamente y aun privándolos de la libertad.

El rey don Juan Manuel derogó esas crueles disposiciones y anuló sus efectos. (1)

La resolución del rey don Fernando, de expulsar á los judíos del territorio español, fué perjudicial á la nación, porque éstos la empobrecieron, llevándose consigo una gran parte de la riqueza, como oro, piedras preciosas y otras preseas de gran valor y estimación. Aquella medida la privó también de los habitantes más laboriosos y hábiles en la elección de los medios positivos de adquirir dinero. Fácil es comprender cómo debió quedar el reino de enflaquecido y pobre después de una guerra de diez años y de la expulsión de los judíos.

No debe causar sorpresa que hallándose España en ese estado de escasez, vacilara el Consejo en proporcionar recursos á Cristóbal Colón para emprender el viaje que dió por resultado el descubrimiento de una nueva tierra. La reina Isabel allanó las dificultades; y encontrada la América por el sabio y valiente genovés, empezaron las expediciones para la conquista, alimentadas por el deseo de adquirir el oro y las muchas riquezas de todo género que encerraba el territorio descubierto.

La situación de España era excepcional. Con tantos años de guerra, la industria, que exige exclusiva dedicación, había decaído notablemente. Acostumbrados los hombres al ejercicio de las armas, veían con enfado las ocupaciones que demandaban tranquilidad. Las empresas peligrosas llamaban la atención de aquellos guerreros, que cubiertos de gloria por los esclarecidos resultados de su constancia y valor, se encontraban pobres y sin amor al trabajo: ese estado de los ánimos era el más conveniente á las rudas fatigas de la conquista de un mundo desconocido que ofrecía á la vez fama y riquezas para los particulares, poder y grandeza para la nación española.

La conquista no se efectuó inmediatamente después de los viajes del Almirante don Cristóbal Colón. En los veinticinco años sucesivos recorrieron los españoles los grupos de islas que se encuentran entre la parte setentrional y la meridional de América; navegaron por la costa oriental hasta el río de la

---

(1) Las noticias relativas á la historia de España están tomadas de la *Historia general* de aquella nación, escrita por el P. Juan de Mariana.

Plata; descubrieron el mar del Sur y reconocieron parte de la costa de la Florida.

También los ingleses hicieron algunos descubrimientos durante aquel período. Reconocieron toda la costa de América desde la tierra de Labrador hasta los confines de la Florida. Los portugueses practicaron igual reconocimiento, buscando la navegación más corta para las Indias Orientales. Antes de que empezaran las expediciones al territorio mejicano, había sido conocido el Nuevo Mundo casi en toda su extensión, desde la extremidad setentrional hasta los treinta y cinco grados al Sur del Ecuador; pero se ignoraba la existencia del poderoso imperio del Perú, la de los dilatados países que se extienden desde aquella latitud hasta la punta meridional de América y la de los grandes territorios que gobernaba el emperador de Méjico.

Los países conquistados hasta aquella época por los españoles eran: las islas de Santo Domingo, Cuba, San Juan de Puerto Rico, Jamaica y el Darién á la entrada del Golfo de Urabá. En los años de 1517 á 1535 se hicieron los descubrimientos que prepararon la expedición de Hernán Cortés á Méjico y la ocupación total del país; y en los de 1522 hasta 1593 se efectuó la conquista de las naciones del Sur.

Considerada la América, en general, con relación al origen, aptitudes intelectuales, cultura primitiva y diferencias características en las razas de sus habitantes, pasamos á tratar del descubrimiento, conquista y colonización de Nicaragua, dando previamente una breve noticia del estado en que se hallaban, antes de la ocupación por parte de España, los moradores de este vasto territorio.